

Felipe Aguer, Carmen Vall y su desdichada prole, in memoriam

“Bueno... Eh... Vamos... a contar... ahora... una historia... una historia que es verdad. Y, como todas las historias que son verdad... es una historia triste...”

Yosi Domínguez (voz de Los Suaves), en un concierto

Hace algo más de un año “el 20 de abril de 2009” mi colega, mi amigo, mi discípulo dilecto, mi amado hermano menor Pablo Moíño Sánchez publicó en cierta revista digital un artículo que rendía tributo a aquellas variaciones homofónicas denominadas, desde Perec y Calvino, “pequeños abecedarios (o silabarios) ilustrados” (1). Y, como las desgracias nunca vienen solas, esa misma mañana fallecía en León, arrollada junto a dos de sus hijas por un autobús escolar, Carmen Vall, esposa, madre y, a la sazón, una de las protagonistas de dicho trabajo.

Me consta que Moíño escribió su ensayo durante los primeros días de febrero de 2009, casi con toda probabilidad entre los días 8 y 9 (2); del día 10 de dicho mes data el correo electrónico donde el estudioso le envió a Miguel Marañón Ripoll, entonces responsable de la revista, tres textos breves entre los cuales figuraba el que ahora nos interesa –“Ave: cede, ¿eh?”–, y que hace unos días, respondiendo amablemente a mi no menos afectuosa demanda, me reenvió junto con un poemario inédito, su currículum en dos versiones (completa y abreviada) y una propuesta de apoyo a no sé qué plataforma colectiva. No volví a contestarle, porque siempre he odiado la palabra “plataforma” y en modo alguno me siento parte de ninguna colectividad, pero el gratísimo recuerdo que de su persona guardo *ut supra* no ha disminuido un ápice desde entonces (3).

Tampoco tiene sentido parafrasear ahora el artículo de Moíño, ni mucho menos explicar otra vez quién es Georges Perec o de dónde sale el Oulipo, como decía el rector de mi universidad. Bastará con decir que “Ave: cede, ¿eh?” –“ABCDE”, lector, en caso de que tú seas de esos a los que hay que explicárselo todo– toma como pretexto las 101 variaciones homofónicas con que un conjunto de oulipianos que viajaban en taxi presentaron sus respetos a la soprano catalana Montserrat Caballé, y que de ahí salta al *Petit abécédaire illustré* de Perec y al *Piccolo sillabario illustrato* de Calvino, y que por fin nos presenta un tímido intento de llevar a cabo la misma propuesta en nuestro idioma: “el de una pareja de escritores leoneses, Felipe Aguer y Carmen Vall, padres de nueve hijos, que han convertido a la familia entera en protagonista de su abecedario”.

En efecto: el hoy llorado matrimonio Aguer-Vall es responsable de un opúsculo de apenas dieciséis páginas, publicado en la editorial familiar creada *ad hoc* (León: Fe de Vida, 2006), la mitad de las cuales presentan un ramillete de relatos-variaciones homofónicas, hasta trece, en torno a secuencias crecientes de cinco sílabas, a la manera del *Petit abécédaire* perequiano (“babebibobú”, “caquequicocú”, “dadedidodú”, etc.), donde los protagonistas absolutos de cada historia son el matrimonio y la generosa y ya extinta prole (4). Las ocho páginas restantes constitu-

yen un fervoroso elogio de la familia, entendida ésta desde su concepción más tradicional. El título de la obra es a un tiempo juego homofónico, dedicatoria ingenua y declaración de principios: “Al boom familiar”.

Carmen Vall, esposa y madre (nacida en León, 1949), falleció –ya lo he dicho– la mañana del 20 de abril de 2009, apenas un mes antes de su sexagésimo aniversario, atropellada por un autobús escolar junto a dos de sus hijas, las gemelas Marta y Lucía, que también perdieron la vida en la tragedia. El conductor del vehículo, que se dio a la fuga, fue detenido una hora después, gracias a las llamadas telefónicas que hicieron a la policía varios de los escolares de la ruta desde sus respectivos teléfonos móviles. Según he podido saber, a partir de entonces Felipe Aguer dedicó todas sus horas, todos sus esfuerzos, a impulsar una fundación benéfica en honor de los huérfanos de familias numerosas de cuatro o más hermanos. Ayudado por su hijo mayor, Francisco, dio a la stampa desde su pequeña editorial los poemas religiosos de su cónyuge, que pasaron desapercibidos para la crítica. Cambió radicalmente; el hombre discreto, tranquilo, casi invisible que había sido hasta entonces se esfumó. Incluso sus familiares más cercanos conservan de él un recuerdo vago, el de un ser silencioso que llevó una vida ordinaria hasta la muerte de su esposa, y que a partir de aquel momento se volvió un hombre enérgico, decidido, feroz en sus ansias por hacer de este un mundo más habitable.

Por decirlo en unas cuantas líneas: al despertar una mañana, después de un sueño intranquilo, Felipe Aguer decidió que cocinaría lentejas. El trabajo en la fundación y el recuerdo de su esposa lo mantuvieron en vilo hasta la una y media de la tarde, así que optó por prepararlas en la olla a presión regalo de la abuela, que nadie había utilizado desde la muerte de Carmen. La válvula estaba obstruida, la olla explotó, nadie supo nunca qué hacía ahí una bombona de butano. Aguer y los siete hijos que le quedaban no tuvieron tiempo ni de bendecir la mesa; murieron todos, no importa en qué orden, conforme se iba incendiando la casa. Era el 2 de mayo de 2010, día de la madre.

En su citado trabajo, Moíño reproduce, con buen ojo, tres ejemplos del mencionado opúsculo de Aguer y Vall (5). En cuanto al resto, que casi podría decirse se publican por primera vez aquí –la tirada en *Fe de Vida* se limitó a cien ejemplares, íntegramente distribuidos entre los tíos, primos y sobrinos de la pareja (6)–, ya se verá que en ellos no escasean las secuencias re-

sueltas con alguna trampa, particularmente voces extranjeras o variantes dialectales. En todo caso, el estudioso señaló en su momento las limitaciones de nuestro idioma con respecto al francés en artificios como el que nos ocupa: las variaciones entre ortografía y fonética son muy pequeñas; los monosílabos escasean; muy pocas palabras acaban en “u”. Etcétera.

No son necesarias más explicaciones; edito aquí, como homenaje póstumo al desventurado matrimonio y sus inocentes criaturas, los trece relatos homofónicos compuestos por Felipe Aguer y Carmen Vall. Prescindo de toda anotación; de los tres textos ya publicados por Moíño, tan sólo corrijo un par de errores (7).

Notas

- (1) Me refiero a *Rinconete*, publicación digital diaria del Centro Virtual Cervantes. Véase el artículo en http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/abril_09/20042009_02.asp (consultado una y mil veces hasta la madrugada del 9-9-2010, día en que pongo el soñado punto y final a estas páginas). Por cierto que yo también escribo allí; pueden leerme, con delectación y regocijo, en http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/busqueda/resultadosbusqueda.asp?Ver=50&Pagina=1&NombreAutor=Mauro&ApellidosAutor=Cadove&OrdenResultados=2
- (2) El 7 es su cumpleaños y en 2009 cayó en sábado, así que no creo que Moíño trabajara mucho ese día, pero no puedo asegurarlo. El autor, por su parte, no se acuerda, pero tampoco le da mucha importancia al asunto, o eso se desprende de la contestación (bastante seca) que me envió a través de un mensaje al móvil hará un par de semanas.
- (3) Para cualquier consulta, solicitud o comentario, escríbanme ahora y siempre, sin titubear, a maurocadove@gmail.com
- (4) Disculpe el lector si adelanto acontecimientos –que, por lo demás, ya se intuían, espero, desde el in memoriam del título–, pero creo que la belleza del adjetivo lo justifica.
- (5) Con buen ojo, sí, porque sin lugar a dudas son los más logrados del conjunto. Corresponden, respectivamente, a las secuencias “lalelilolú”, “papepipopú” y “tatetitotú”.
- (6) O eso me dijo Moíño en un correo electrónico del pasado 15 de mayo de 2010, fecha señalada en que empecé a investigar acerca de Aguer y Vall. Por pudor no me atreví a preguntarle cómo llegó hasta él un ejemplar de la obra, si en calidad de sobrino, de primo o de eventual consorte...
- (7) Estos: en “lalelilolú”, cambio el incorrecto “Sandra” por el nombre auténtico de una de las dos gemelas, que además aparece en la edición, “Marta”; en “tatetitotú”, suprimo la presentación de Francisco (que en el original se encontraba en “sasesisósú”) y añado un fragmento que, tal vez por ser demasiado largo e irrelevante o quizá vencido por una proverbial pereza, Moíño omitía en su trabajo.

Página siguiente. Portada de la primera edición del opúsculo Al boom familiar, de Felipe Aguer y Carmen Vall (León: Fe de Vida, 2006).

Jimena Campillo, madre de Carmen Váll, en la esquina inferior izquierda, con gafas oscuras y semicuelta por un bastón. Penferrada. Fiesta Nacional del 18 de julio de 1952 (archivo particular: familia Campillo).



Día de caza en Toledo, mediados de los años 50. Domingo Aguer: padre de Felipe Aguer, es el cuarto por la derecha; su hija mayor, Francisca, la primera por la izquierda. La fotografía fue tomada por Felipe Aguer (cortesía de Inés Sánchez).



Primera comunión de Carmen Váll. Penferrada, mayo de 1957 (archivo particular: familia Campillo).



Felipe Aguer, al fondo a la derecha, y Carmen Váll, a su lado, durante una celebración con amigos en Villacbispo de las Regueras, León, 1967 (archivo particular: familia Campillo).

Felipe Aguer y Carmen Vall



Al Boom Familiar

FE DE VIDA

LEÓN - 2009

Al boom familiar

Ba-be-bi-bo-bu. José Antonio y María se llevan once meses y siempre han ido juntos a todas partes. Al salir del colegio, el muchacho le propone a su hermana ver juntos una película de artes marciales, pero ella, que acaba de gastarse la paga en *Bob Esponja* esa misma tarde, le sugiere que vaya solo, a lo cual él responde con un abucheo (ñ“Bah, ve. Vi” Bob. –“Buuuuu...”).

Ca-que-qui-co-cu. Carmen está corrigiendo un dictado a su hija Teresa, la sexta de los hermanos, aficionada al fútbol y seguidora del Atlético de Madrid. La niña, acaso atraída por el sobrenombre del ariete colchonero Francisco Narváez, ha escrito “Ayer me puse como el quico” con k; y su madre, colérica, le pide explicaciones. (–“¿K. a qué? –Kiko. –¡Q!”).

Cha-che-chi-cho-chu. La familia al completo disfruta de unas merecidas vacaciones en Lanzarote. Ese día han decidido subir el pico más alto de la isla, Peñas del Chache. Lucía le pregunta a su hermano José Antonio cuánto queda para llegar a la cumbre y él le responde, en ortopédico inglés; que dos kilómetros a lo sumo (–“¿Chache, Chicho? –Two”).

Da-de-di-do-du. En clase de inglés, la profesora, mother Mary, le pide a Luis que traduzca la frase: “Papá, haz mis deberes, por favor”. El chico comienza, pero enseguida se traba. Mother Mary lo apremia y no puede soportar que, después de tres meses de clase, Luis todavía pronuncie el verbo “hacer” a la española. (–“Dad... eh... –Di. –Do... –Do!”).

Fa-fe-fi-fo-fu. Felipe está escribiendo un auto sacramental. En una de las escenas más emotivas de la obra, el protagonista, Facundo –designado aquí mediante un diminutivo cariñoso–, clama al cielo pidiendo ánimo y confianza, mientras su gato, el fiel Fifo, emite un bufido de hastío o de contrariedad (“Fa: ¡Fe! Fifo: Fu”).

La-le-li-lo-lu. Las gemelas Marta y Lucía acaban de volver del colegio. Mientras Lucía ayuda a su madre a coser un pantalón, Marta pregunta por un libro que el día anterior había dejado encima de la mesa. Carmen, en plena labor costurera, le responde que la obra que busca la está leyendo su hermano Luis (“La lee él. ¡Hilo, Lu!”).

Ma-me-mi-mo-mu. En su visita anual a la granja escuela, los niños observan cómo el ganadero, un individuo rollizo y simpático, bebe la leche directamente del cubo, recién ordeñada de la vaca. Marta le sugiere al hombre (que es sordo y sólo se expresa por señas) que beba directamente de las ubres del animal, a lo que la vaca contesta indignada (–“Mame, mimo. –¡Muuuu!”).

Na-ne-ni-no-nu. El nuevo profesor de Física del colegio, un joven jesuita natural de Reus, no sólo le echa en cara a Francisco, con aparente displicencia, que no ha acertado ni una sola pregunta del examen, sino que además le recuerda que la letra griega con que se designa la longitud de onda no es υ , que indica la frecuencia, sino λ (“Ná, nen; y no ñnuí”).

Pa-pe-pi-po-pu. Juan, el quinto hijo de Felipe y Carmen, es muy ordinario: de cada tres palabras que dice, una es un taco, sin exagerar. Durante la comida, el niño se atraganta con un hueso de cereza; su padre le pregunta qué le pasa, pero Juan no puede acabar la frase porque su madre, escandalizada, le da una colleja (“Papeé pipo, ¡pu...!”).

Sa-se-si-so-su. Francisco, el hijo mayor de Felipe y Carmen, salió dos años y medio con Susana, azafata en Scandinavian Airlines (SAS). La joven fue despedida por robar a un pasajero durante un vuelo Madrid-Oslo, hecho que precipitó la separación de la pareja. Ahora, cada vez que alguien menciona a dicha compañía, Carmen no puede evitar acordarse de la que durante un tiempo fue su nuera (“SAS, ¿eh? Sisó Su”...).

Ta-te-ti-to-tu. Francisco ha sentado por fin la cabeza y ha encontrado el amor junto a la joven María del Mar, licenciada en Económicas, cuya hermana mayor acaba de tener una hija de nombre impronunciable. A la vuelta del hospital, donde acaba de conocer a su sobrina política, Francisco está muy contento y se lo cuenta a todos sus hermanos; el pequeño, Josemaría, de cinco años, no se lo puede creer (“Tate: ¿tiito tú?”).

Ya-ye-yi-yo-yu. Felipe va a la Plaza de las Ventas a ver una corrida de toros con su primo Paco, que vive en Arizona y ya es más americano que español: se come las preposiciones, utiliza palabras en inglés, se pasa el día con gafas de sol y cámara de fotos. Han quedado enfrente del monumento dedicado al torero José Cubero, “Yiyo”, pero Felipe llega tarde. Su primo lo telefona para confirmarle que ya está allí y saber dónde anda él (“Ya hallé Yiyo. You?”).

Za-ce-ci-zo-zu. Carmen pregunta al jardinero, un hombre rústico y corpulento nacido en Cádiz, si es cierto que el Ayuntamiento está construyendo un zoológico en las proximidades de su casa. El operario no sólo se lo confirma, sino que además pondera la importancia de la obra (“Zihaze, zí, zoo; ¡ozú!”). ◀▶

Felipe Aguer y Carmen Vall



*Monumento a José Cubero.
Yiyo. Madrid.
Plaza de las Ventas.*



Felipe Aguir, primero por la izquierda, con sus compañeros de promoción, nada más terminar la carrera de Derecho. Madrid, 1973 (cortesía de Inés Sánchez).



Peñas del Chache, Lanzarote.



*Francisco Narváez, Kiko,
delantero del Atlético de Madrid
entre 1993 y*

MIÉRCOLES 22-4-09

ESQUELAS

A B C / 101

†
DOÑA CARMEN VALL CAMPILLO DE AGUER

ESPOSA Y MADRE,
y sus hijas pequeñas,

LUCÍA AGUER VALL

y

MARTA AGUER VALL

FALLECIERON EN LEÓN, VÍCTIMAS DE UN SALVAJE ATROPELLO, EL 20 DE ABRIL DE 2009

D.E.P.

SU DESCONSOLADO ESPOSO Y PADRE, FELIPE AGUER SÁNCHEZ, Y SUS HIJOS Y HERMANOS, FRANCISCO, JOSÉ ANTONIO, MARÍA, LUIS, JUAN, TERESA Y JOSEMARÍA,

RUEGAN una oración por sus almas.

El funeral se celebrará en la Iglesia Parroquia de San Toribio de Mogrovejo (calle Moisés de León, s/n) el próximo lunes, 27 de abril, a las ocho de la tarde.

96

Esquela publicada en A.B.C. dos días después de la muerte de Carmen Vall y sus hijas Marta y Lucía Aguer Vall. A.B.C. miércoles 22 de abril de 2009.